Domingo XIX del TO/C

(Lc. 12, 32-48)

"Fe es seguridad de lo que se espera…

"En confiada y vigilante espera", así podemos resumir el contenido principal del mensaje litúrgico de hoy. Esta es la actitud de Abrahán y Sara, y de todos aquellos que murieron en espera de la promesa hecha por Dios (segunda lectura). Esta es la actitud de los descendientes de los patriarcas, esperando con confianza, en medio de duros trabajos, la noche de la liberación (primera lectura). Esta es la actitud del cristiano en este mundo, entregado a sus quehaceres diarios, esperando con corazón vigilante la llegada de su Señor (Evangelio).

"La fe es seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve" (Hb 11,1). Con estas palabras nos habla el autor de la Carta a los Hebreos, en la segunda lectura de la Misa de hoy. La fe, que hace pasar al hombre del mundo de las cosas visibles a la realidad invisible de Dios y a la vida eterna, asemeja a aquel camino al que fue llamado por Dios a Abraham (calificado por eso como "padre de todos los creyentes", cfr. Rm 4,11; 4,12). A continuación leemos en la Carta a los Hebreos: "Por la fe obedeció Abraham a la llamada, y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber dónde iba. Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida… (Hebr 11,8-9). Sí; así es. La fe es el peregrinaje espiritual en el que el hombre se encamina, siguiendo la Palabra de Dios viviente, para llegar a la tierra de la paz prometida y de la felicidad, a la unión con Dios cara a cara; a esa unión que llenará, en el corazón humano, el hambre y la sed más profundas: el hambre de la verdad y la sed del amor".

Por eso, como escuchamos seguidamente en la liturgia de este domingo, la actitud de espíritu, que debe tener el creyente, es la actitud de vigilancia: "Esten preparados, porque a la hora que menos piensen vendrá el Hijo del hombre" (Lc 12,40). Una vigilancia así es también la expresión de la aspiración espiritual hacia Dios mediante la fe.

Aprendamos ese andar más allá del horizonte de las cosas visibles hacia la realidad invisible de Dios, para abrazar, con nuestro corazón humano, "las grandes obras de Dios" (He 2,11). Aprendamos la fe sencilla, incluso como de niños y, al mismo tiempo, consciente, madura y comprobada. La fe que esta nuestra época exige de nosotros los cristianos. La fe manifiesta y valiente. La fe llena de esperanza. La fe que produce las buenas obras: "la fe mediante la caridad" (cfr. Gal 5,6).

Jesús nos exhorta a la vigilancia porque el amor nunca duerme (Cf Cant 5,2), y, no debemos olvidarlo, el enemigo está siempre al acecho (Cf 1 Pe 5, 8). Quien ama de

verdad está siempre pendiente del ser querido, velando el sueño del hijo enfermo… El cristiano debe aguardar confiadamente al Señor que puede presentarse en cualquier momento. "Y como no conocemos ni el día ni la hora, es necesario, según la amonestación del Señor, que vigilemos constantemente para que, terminado el plazo de nuestra vida terrena (Heb 9,27), merezcamos entrar con Él a las bodas y ser contados entre los elegidos" (L. G., 48).

"A la vigilancia se opone la negligencia o falta de solicitud que procede de cierta desgana de la voluntad" (S. Tomás de Aquino). Estamos vigilantes cuando hemos adquirido el hábito de preguntarnos a lo largo de la jornada: ¿estoy haciendo lo que debo y estoy en lo que hago poniendo los cinco sentidos?

Espíritu de examen que nos lleve igualmente a dedicar unos minutos, antes de entregarnos al descanso, para hacer balance del día y analizar cómo nos hemos comportado con Dios, con los demás, y con qué intensidad y sentido de la justicia hemos realizado nuestro tarea cotidiana.

"Mira tu conducta con detenimiento, aconseja S. Josemaría Escrivá. Verás que estás lleno de errores, que te hacen daño a ti y quizá también a los que te rodean. Recuerda, hijo, que no son menos importantes los microbios que las fieras. Y tú cultivas esos errores, esas equivocaciones -como se cultivan los microbios en el laboratorio-… Y, después, esos focos infectan el ambiente".

¡Cuántas veces los pequeños y continuos descuidos han llevado a fracasos ruidosos! "Nadie atribuya su descarrío, nos dice Casiano, a un repentino derrumbamiento… El derrumbamiento -se lee en los Proverbios- viene precedido de un deterioro, y éste por un mal pensamiento (Prov 16,18). Sucede lo mismo que con una casa: se viene abajo un buen día sólo en virtud de un antiguo defecto en los cimientos, o por una desidia prolongada de sus moradores. Gotitas muy pequeñas penetran imperceptiblemente corroyendo los soportes del techo; y gracias a esa falta de atención repetida, se agrandan los boquetes y los desperfectos. Después la lluvia y la tempestad penetran a mares".

La Virgen María, que desde el cielo vela sobre nosotros, nos ayude a no olvidar que aquí, en la tierra, estamos sólo de paso, y nos enseñe a prepararnos para encontrar a Jesús, que "está sentado a la derecha de Dios Padre todopoderoso y desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos".

Padre Félix Castro Morales
Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)